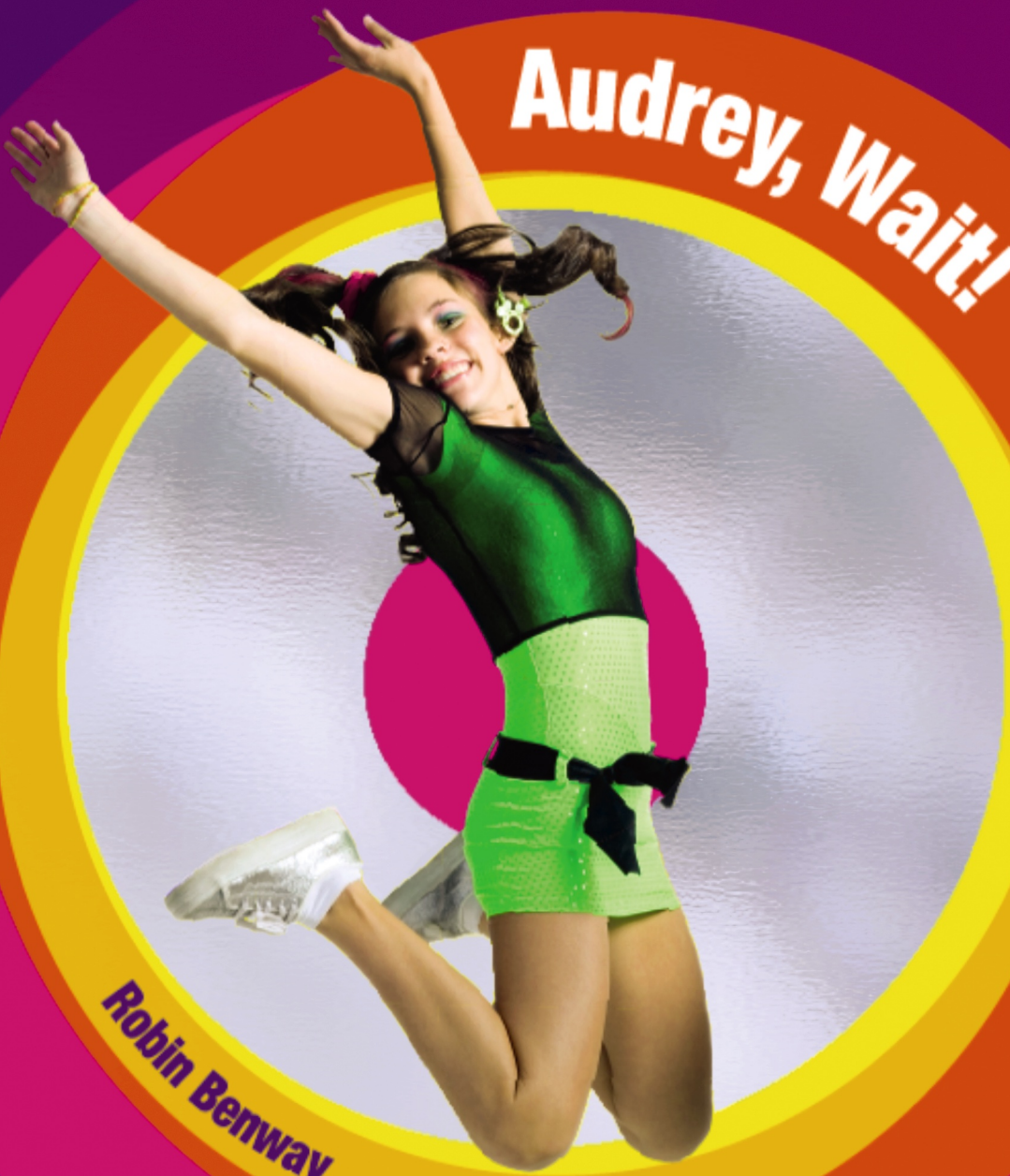
Audrey, Wait!



Robin Benway

A mi madre, que siempre dice:
«Tienes que tener fe»,
y a mi hermano, que siempre la tiene.

Las musas se pasan el día trabajando,
y por la noche se juntan a bailar.
Edgar Degas

«Oh, baby, here comes the sound!».
¡Empieza la música, guapa!
My Chemical Romance, «Give 'Em Hell, Kid»

1 ¿No te encantan las despedidas?

Don't you just love goodbyes?

Mew, «156»

Mi novio Evan escribió la canción el día que corté con él. Ya sabéis, «la canción». Estoy segura de que la habéis oído. Puede que la hayáis bailado en el baile de la *facu*, o la hayáis cantado en el coche la noche del viernes, mientras ibais conduciendo y sentíais que no era humano ser tan felices, con las ventanillas bajadas y nada más que aire a vuestro alrededor. Probablemente vuestra madre la habrá tarareado mientras sacaba los pelos que se meten en el secador, y lo más seguro es que vuestro abuelo haya silbado un par de compases. Si es de los que silban.

Según la encuesta que aparece en la primera página del *USA Today*, el sesenta y tres por ciento de los estadounidenses me culpa a mí de la ruptura, así que dejadme que aclare las cosas desde ahora mismo: tienen razón. El sesenta y tres por ciento de los estadounidenses no puede equivocarse en lo que se refiere a mi vida amorosa, y eso me resulta realmente escalofriante y no me permite dormir bien. Pero es cierto: yo rompí con Evan, y ocho horas después él tenía una canción en la cabeza y una guitarra en la mano, y a partir de ahí todo empezó a crecer y crecer como una bola de nieve.

Me costó una eternidad decidir si debía o no romper con él, eso sí que lo puedo decir. La cosa no fue como despertar una mañana y decidir: «¡Eh, vamos a animar la fiesta!». Por favor... ya tengo bastantes problemas sin todo esto. ¡Estoy en mitad del insti, por el amor de Dios! No es que tenga que pasar la Selectividad este año ni nada de eso. Pero dediqué un buen tiempo a pensar en ello (en la ruptura, quiero decir).

—Haz una lista —me había dicho Victoria. A ella se le dan muy bien las listas, y tiene una carpeta llena de ellas, con títulos como «Seis colores para teñirme el pelo antes de arrugarme y morir» o «Cinco personas a las que desterrar de la faz de la tierra». Evan, según me asegura, es ahora el *number one*. Así que aquel día me senté ante la mesa de la cocina de Victoria y escribí los motivos que tenía para seguir con Evan:

1. Es cantante/letrista, tiene su propio grupo y verdadero talento.
2. Tiene una higiene dental excelente. (Este punto es importantísimo, os lo aseguro. No me imagino besando a un tipo que no conoce el uso del hilo dental: ¡qué asco!).
3. Dice que va a escribir una canción sobre mí.

Y a continuación puse los contras:

1. Fuma demasiados porros.
2. Siempre está ensayando o «de bolos» con su grupo, Los Benefactores, sobre todo cuando lo necesito.
3. Dice «de bolos».
4. Es muy tranquilo para todo. ¡Para todo!
5. Me obliga a que sea yo la que saque los condones de la enfermería del insti.

6. Se rechupetea los dientes después de comer, haciendo horribles chirridos, como un ratón agonizante.

Etcétera. Escribí tantos contras que necesitaba otra hoja de papel, y cuando Victoria me vio empezando una hoja nueva, me la quitó de delante, negando con la cabeza:

—Audrey —me dijo—, puedes ahorrar un árbol.

—Bueno, todavía podemos ser... no sé... ¿amigos? ¿O algo más o menos igual de cutre?

Cuando corté con él, Evan estaba sobre su cama, sentado con las piernas cruzadas. Yo me encontraba al otro lado de la habitación, en la silla de su mesa, sentada con el respaldo por delante. Llorábamos los dos, pero él era el único que necesitaba pañuelos. De todas maneras, la caja iba y venía de uno a otro.

—Lo de amigos estaría genial —dije yo, y me sentí muy aliviada.

Lo de ser amigos era guay: los amigos no se enfadan entre ellos, ni revelan en los pasillos los secretos sexuales del otro. Los amigos siguen hablándose. Los amigos se van alejando poco a poco.

—Me encantaría que fuéramos amigos.

Se dejó caer en la cama antes de volver a sentarse.

—Steve ha logrado por fin que el cazatalentos venga esta noche a nuestro concierto. Vendrá esta noche y no volverá: no tenemos más que una oportunidad. Pero tú me estás cortando el rollo.

—Lo siento —dije, y era verdad que lo sentía. En serio.

—¿Vendrás?

—Si quieres que vaya... Sí, claro.

«Todo con tal de que termine esta conversación», pensé.

Evan asintió con la cabeza y abrazó su guitarra aún más fuerte. Tengo que admitir que en los once meses que estuvimos juntos, esa guitarra tuvo más acción que yo (razón número catorce de la lista de contras, por cierto).

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí —dije en un susurro—. Estoy segura.

Estuvimos callados varios minutos, y a continuación me levanté y dije:

—Me voy ya.

Como no respondía, dejé la habitación, y había bajado la mitad de la escalera de la casa cuando le oí decir:

—¡Audrey, espera!

Pero seguí mi camino, haciendo como que no le oía.

Esa noche convencí a Victoria y a su novio Jonah de que vinieran conmigo al concierto, como apoyo moral.

—¿Te crees que no pensaba ir? —preguntó Victoria cuando se lo pedí—. Yo ya he recibido cincuenta millones de SMS y treinta millones de notificaciones en el Facebook que lo anuncian. Y además —añadió—, quiero conocer los detalles.

Durante el viaje a la *Rocola* en el coche de Jonah (tiene un imponente equipo de sonido con *subwoofer*), me hizo contarle la ruptura palabra a palabra. Cada pocos minutos, Jonah se estremecía de dolor.

—Qué fuerte, tío —decía todo el tiempo—. Esto es la hostia de fuerte.

Al final, Victoria le dio un golpe en el hombro:

—¿No puedes ser un poco más delicado con la situación de Audrey? —le dijo entre dientes.

—Lo siento, Audrey. —Jonah me sonrió por el espejo retrovisor—. ¡Controles de delicadeza conectados!

—¿Y podrías no hablar como un capullo cuando los conectas?

—Lo siento, guapa, tienes que elegir una de las dos cosas.

—No te preocupes por eso, Jonah —le dije—. Está bien.

Victoria se limitó a negar con la cabeza y se echó sobre el asiento de atrás.

—De todas maneras, no puedo comprender que aceptaras ir esta noche.

Media hora después, embutidos en la *Rocola* como sardinas en lata, seguíamos hablando del mismo tema.

—¿De verdad te dijo Evan que le estabas «cortando el rollo»? —preguntó Victoria.

Para entonces ella iba por su tercera Coca-Cola *Light* y se le notaba que la cafeína se le empezaba a salir por los ojos.

Crucé los brazos y me quedé de pie junto al escenario, esperando que Los Benefactores se dieran prisa y pudiéramos volver a casa antes de que aumentara el tráfico.

—Con esas mismas palabras —respondí—. Y con algunas otras frases de primera.

—¿Como cuáles? ¿«Vete a tomar por culo»?

—No, algo más del estilo de «¿Cómo puedes hacerme esto?», «Creí que lo nuestro sería para siempre». Ese tipo de cosas. —Yo removía con la pajita el hielo de mi vaso.

Comprensiva, Victoria puso los ojos en blanco:

—¡Por favor! Cuando no lo ve nadie, debe de leer novelas románticas. Me sorprende que no sacara un laúd para cortejarte.

—Si lo hubiera hecho, yo habría puesto un poco más de interés. —Le cogí su bebida y la posé—. Me estás poniendo de los nervios con todos esos estimulantes adictivos. ¿No sabes que el aspartamo produce cáncer?

—Y el sol también. —Recuperó su bebida y sorbió lo que quedaba haciendo todo el ruido posible—. Espero que Jonah me esté trayendo otra.

—Yo espero que te traiga también un carromato de tranquilizantes. —Miré por encima del hombro, y vi que detrás de nosotras estaba la tercera parte de nuestra clase. Ninguno parecía muy interesado en mí. Todavía—. ¿Crees que la gente se ha enterado de que hemos roto?

—¿Se lo has dicho a alguien, aparte de a Jonah y a mí?

—A nadie. Pero tal vez lo haya hecho Evan.

—Has arruinado completamente las porras que había hecho esa gente de que saldríais en el anuario como la pareja del año.

—¿Qué?

—No yo, que conste. Yo veía venir esto desde hace tiempo. Pero la gente estaba apostando dos a uno a que saldríais elegidos Evan y tú.

—¿La gente apuesta sobre los destacados del anuario? ¿En serio?

Victoria asintió con la cabeza.

—Ahora la ventaja la llevan Dan Milne y Janie Couper. Ella se pega más que la electricidad estática.

Yo estaba a punto de hacer un comentario sobre la pegajosidad de Janie Couper, pero entonces vi a Sharon Eggleston al otro extremo de la sala. A Sharon la conocéis aunque no la hayáis visto nunca. Todo instituto, lamento decirlo, tiene a una chica como ella. Es preciosa, o está muy buena, o como queráis explicarlo, y tiene la rara habilidad de conseguir que todos los tíos la adoren.

Bueno, todos los tíos menos Evan.

Al menos, esos eran los dimes y diretes (atención: esta expresión sale en Selectividad) cuando Evan y yo nos enrollamos. Según parece, Sharon le había echado el ojo a él, él

me echó el ojo a mí, yo le eché el ojo a él, nuestros ojos se echaron juntos, y Sharon se encontró rechazada antes de haber sido tomada en consideración. Como os podéis imaginar, la cosa no le hizo mucha gracia. Hasta hoy mismo, ella sigue presentándose en todos sus conciertos, sonríe a Evan por los pasillos, y generalmente resulta tan molesta como un mosquito en la habitación. Y cuando esa noche la vi en el concierto, al otro lado de la sala, también estaba sonriendo y haciendo ese gesto con la mano que hace para presumir de sus uñas de seda con manicura francesa.

—¿Qué miras? —preguntó Victoria, doblando el cuello para averiguarlo, pero afortunadamente Jonah llegaba entonces hasta nosotras abriéndose camino a codazos, y nos traía su Coca-Cola *Light* y mi zumo de arándanos con lima.

—Fíjate, Evan no habría hecho esto —indicó Victoria al coger su bebida—. Ni siquiera se habría dado cuenta de que tenías sed, no digamos ya de que la tuviera yo. Creo que podríais ir los dos caminando por el condenado desierto del Sáhara, y tú te estarías muriendo bajo el sol, y él te diría: «Eh, Aud, se me ha ocurrido una idea brutal para una canción». Un completo inútil.

Yo removía el hielo con la pajita.

—Evan usaba «brutal» el año pasado. Este año todo es «orgásmico».

—Vale, Aud, pero déjame que te explique que hay algo llamado «el tema». Y te lo has perdido.

No debería sorprenderle a nadie que cuando a Victoria le preguntan su nombre, conteste: «Como la reina». Aquel día estaba en racha.

—Tengo que decirte que realmente has tenido mucha paciencia con Evan. Más de la que habría tenido yo...

Jonah lanzó un resoplido y mostró un repentino y enorme interés por su bebida.

—...Y pienso que tú te mereces a alguien que te haga sentirte especial y maravillosa y todas esas cosas buenas que se ven en la tele.

—Creí que habías dejado de ver la tele.

Victoria se encogió de hombros.

—He vuelto a caer.

Si alguna vez conocéis a Victoria, no se os ocurra llamarla Vick, Vicky, Vichy, Vitriola, Viciosa, ni ninguna otra cosa que no sea Victoria. Pero si os sentís al mismo tiempo inmortales y mortalmente aburridos, entonces podéis probar a llamarla Vicks VapoRub.

En el escenario, Jon, el batería de Los Benefactores, empezaba a tocar de prueba, sin ningún entusiasmo. Si existe el infierno, seguro que hay en él un batería haciendo sonidos de prueba, eso os lo garantizo.

—¡Oh, Dios, mátame ahora mismo! —Victoria volvió a poner los ojos en blanco.

—Soy una muchachita débil e indefensa, ¿qué puedo decir? —Me estaba bebiendo a toda prisa el zumo de arándanos, y lamentando que no contuviera algo más. El problema de la *Rocola* es que es tan local que los camareros nos conocen a todos y, sobre todo, se saben perfectamente la edad que tenemos, así que el alcohol no está en el menú. Por eso se emborracha todo el mundo en el camino de vuelta—. Además, el cazatalentos está aquí, y Steve insiste en que vendrá y quiero verlo en persona.

Una palabra sobre Steve: Hace tres meses, Los Benefactores tocaron en la *Rocola,* en el concierto aquel en que una parte del techo se desplomó durante la actuación y estropeó los amplificadores, pero ellos siguieron tocando de todas maneras. (Puede que hayáis visto el artículo en el periódico local. Yo también estaba allí, y si miráis la foto de cerca, podréis ver mi mano en la parte inferior: les estaba

animando, con el resto del público. Me pasé toda la noche quitándome del pelo trocitos de material aislante).

Pues bien, Steve estaba esa noche en el concierto. Steve es un estudiante de primer curso en la Universidad de California que fuma hierba a toneladas, va a clase de vez en cuando, se baja música y tiene un tío que se dedica a descubrir nuevos talentos en una discográfica. Steve pensó que Los Benefactores eran «¡flipantes y acojonantes, tronco!», y después de que se desplomara el techo y se fueran a tomar por culo los amplificadores, se marcharon todos al dormitorio de Steve, donde estuvieron soñando con éxitos, se apostaron veinte dólares a ver quién se bebía el agua de la arguila, y acordaron que Steve sería su representante. Aunque por lo que yo sé, conseguir que su tío fuera al concierto fue lo único que el representante Steve hizo por ellos.

No era la primera vez que alguien de una discográfica se dejaba caer por la *Rocola.* Porque una de cada tres personas del insti pertenece a un grupo musical, o lo está formando, o lo está dirigiendo, o está rompiendo con él. Pero la mayoría de estos grupos son una mierda. Hace un par de años, sin embargo, hubo tres estudiantes de último curso que se dedicaron al *ska* y lograron firmar con alguna diminuta empresa discográfica de San Francisco, pero oí que el del trombón empezó a tomar demasiada cocaína, y vendió el trombón para comprarse un par de gramos de algo que lo mató.

Esa cosa de la fama no es tan buena como se dice. Os lo decimos yo y el del trombón.

—¿Creéis que le pagarán las copas al cazatalentos? —se preguntaba Jonah.

—Por supuesto que no —respondió Victoria—. El cazatalentos tendría que camelarse al camarero como todo el mundo.

Tanto a Jonah como a mí nos dio la risa, y Jonah le echó el brazo alrededor del cuello y la apretó contra él. Ella es tan pequeñita que cuando la abrazan casi no se la ve. Victoria se tiene que poner de puntillas para llegarle al cuello con las manos.

—Ay, mi picarona —dijo Jonah antes de besarla en la parte de arriba de la cabeza, y por primera vez desde que rompí con él aquella mañana, eché de menos a Evan. No es que él me besara en público, y menos antes de un concierto, pero a veces está bien saber que existe esa posibilidad.

Yo sabía que Evan tenía que estar en aquellos momentos entre bastidores, o al menos en la zona que cumple esa función en la *Rocola:* el sitio por donde cargan y descargan, detrás de la sala. Huele siempre a cerveza, pis y basura, pero hay algo emocionante en estar allí atrás: los nervios y la adrenalina van como locos y se te meten en el corazón. Cada vez que estaba a punto de dar un concierto, a Evan le temblaban las manos. Me las ponía delante, y yo veía que los dedos le vibraban como alas de colibrí. «Estás perfectamente —le decía yo—. Vas a triunfar». Algunas veces le mentía al decírselo; otras veces lo deseaba y lo creía tan intensamente, que me hacía más daño que al mentir.

Estaba a punto de decirle algo a Victoria al respecto, algo sobre lo raro que se me hacía encontrarme entre el público antes de un concierto de Los Benefactores en vez de entre bastidores con Evan, cuando ella me agarró por el brazo:

—¡Sitio! —exclamó, y me empujó unos dos metros hacia el bafle.

Si de verdad queréis saber algo sobre mí, esto es lo primero que deberíais saber: me gusta la música alta. Y cuando digo alta, quiero decir alta. No me estoy refiriendo a

como la tenéis normalmente cuando llegan vuestros padres a golpear en la puerta de la habitación y os piden que la bajéis. ¡Por favor! Eso es de aficionados. Cuando digo tener la música alta, me refiero a que no haya manera de oír los golpes de vuestros padres en la puerta, y a que los vecinos cuelguen en la fachada el letrero de SE VENDE y se vayan a otro barrio porque no pueden soportarlo más. Hay que subirla hasta que te tiemble el pecho y la batería se te meta por las costillas para adentro, como los latidos del corazón, y el bajo te suba por la columna vertebral y te fría los sesos y no puedas hacer otra cosa que bailar o dar vueltas, o ponerte a gritar, porque sabes que sea lo que sea lo que te hace sentir esa música es perfecto.

Si no sois de ese tipo de personas, entonces no creo que vayamos a ser grandes amigos. Victoria y yo siempre subimos el volumen a tope. De hecho, puede ser un problema, porque ya nos hemos cargado los altavoces de mi coche. Dos veces. La primera vez, mis padres se compadecieron y me pusieron otros, pero ahora tengo que rascarme el bolsillo para arreglarlos. Así que Victoria y yo utilizamos a Jonah por su coche, o bien vamos en el mío y cantamos muy fuerte, hasta que nos entra la risa y nos reímos tanto que nos dan ganas de vomitar, y Jonah se esconde en el asiento de atrás, y se tapa bien con la capucha, y pone cara como si deseara morirse.

Por fin se apagaron las luces, y el público empezó a silbar y aplaudir. A mi lado, Victoria sonreía y se movía. Victoria vive para ese momento de los conciertos, cuando se apagan las luces y lo único que puede verse es el oscuro contorno del escenario, y los micros están solos, esperando que los cojan y los maltraten. Cuando salieron Los Benefactores, flacos, con el pelo largo y la cabeza gacha, el aplauso se hizo más fuerte. Hasta yo solté algún silbido.

—¡Estamos apañados! —refunfuñó Jonah detrás de mí cuando salió Evan, y por el rabillo del ojo pude ver a Victoria hundirle el codo en las costillas. Mi determinación cayó en picado cuando vi a Evan. ¡Dios, qué guapo estaba! No, guapo no: imponente. El pelo le brillaba bajo las luces del escenario, y llevaba sus zapatillas superviejas, esas que tienen una pinta espantosa y huelen aún peor. Yo le podía ver mirando al público y no sabía si buscarle la mirada o sonreír fingiendo que no lo había visto.

Pero ¿me estaba buscando él? Sus ojos pasaban la mirada por la izquierda, pero no se detenían en mí, y yo no levanté la mano. A mi lado, Victoria me cogió la mano y me la apretó dos veces.

La quiero, en serio.

—Hola, somos Los Benefactores —dijo Evan al micro, y podía oírse la risa tonta de algunas chicas que se estaban derritiendo. Nunca había tenido celos, pero en aquel momento sentí un retortijón en el estómago. «Tienes que superarlo —me dije en silencio—, el nombre es irónico». Ja, ja, ji, ji. Ah, Evan, eres la monda. Por favor. Para. Me duele el estómago.

Tocaron seis canciones, y todos bailaban y sudaban juntos. El bajista hacía temblar el suelo bajo nuestros pies y el techo sobre nuestras cabezas. La *Rocola* es más o menos de grande como la cocina de mis padres, y las paredes quedaban empapadas de la humedad de tanta gente tan apretada. En el escenario, Evan seguía moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás, al ritmo de la música, con el pelo en remolinos, echándole gotitas azules de sudor a Bob, el guitarra rítmica, y a Daniel, el bajista. Ahora os diré algo que no sabéis sobre Evan: ese movimiento lo ensayaba delante del espejo. Yo solo digo lo que veo.

Entre canciones, vi por fin al cazatalentos, que estaba con Steve. Steve tenía en la cara esa sonrisa amplia y alelada (estaba completamente colocado) y el tipo que estaba a su lado llevaba unos vaqueros realmente caros y gel de cabello suficiente para hacerlo más crujiente que el apio, y le estaba enviando a alguien un mensaje. ¿Le interesaría el concierto? ¿O solo estaba devolviendo un favor al ir a ver al grupo? Le di a Victoria con el codo y señalé hacia él. Ella me miró a su vez y se enroscó un mechón de pelo en el dedo.

—¡Gel para el cabello! —gesticuló con la boca para hacerse entender por encima del ruido del público, y a continuación arrugó la nariz. Y no es que el cabello de Victoria tenga esas puntas de manera natural: ella solo está en contra de los productos para hombre. Jonah evita el problema afeitándose la cabeza una vez al mes más o menos, algo que a Victoria le encanta.

La voz de Evan me hizo volver a mirar al escenario:

—Aquí, normalmente nos retiramos, y vosotros aplaudís, y nosotros os regalamos una propina, pero esta noche nos vamos a saltar el descanso, y a seguir con la música.

«Una canción más —me dije—. Una canción más y entonces podré irme en el coche al autoburguer con Victoria y Jonah, y tomarme una con queso fundido con batido de chocolate y poner la música a tope hasta que las orejas se me quieran caer y Jonah me lleve a casa. Una canción más y podré ser una chica sin novio normal y corriente».

—Esta es una nueva canción para vosotros. La he escrito esta noche.

¿Una nueva canción? Todo el mundo empezó a comentar. Los Benefactores no habían escrito una canción nueva desde hacía por lo menos cuatro meses, y ya nos sabíamos hasta la última palabra de su repertorio. La propina normalmente era tan solo una versión de «Don't Go

Away»[1], del grupo Oasis, y yo no tenía ningunas ganas de ver a Evan poniéndose en plan *emo* con la letra.

Pero ¿una nueva canción? Eso no estaba dentro de mi plan de «una con queso fundido y música a tope».

Victoria, tengo que decirlo en este momento, es muy aguda. A veces hasta es más aguda que yo:

—¡Ajá! —la oí decir, pero antes de que pudiera volver la cabeza para ver qué significaba «¡Ajá!», Evan siguió hablando.

—Mi novia Audrey ha roto conmigo hoy y...

«¡Ajá!».

¿Sabes cuando en las películas hay un lugar abarrotado de gente, y todo el mundo está hablando muy alto, y entonces alguien dice algo y de repente todo el mundo se calla y se vuelve hacia esa persona? Pues os diré algo: esa escena puede ocurrir también en la vida real. Y me ocurrió a mí cuando Evan dijo eso. Me miraron de repente las doscientas personas que había en la sala, cuatrocientos ojos (en realidad trescientos noventa y nueve, porque Jake Myers perdió uno en un accidente de pesca cuando tenía seis años), y todos me lanzaban chispas.

Pero Evan no había terminado de hablar:

—Sí, ella ha roto conmigo justo antes de la mejor noche de mi vida.

—¡Qué duro! —susurró una voz detrás de mí. Adivina la de quién.

—Y yo siempre dije que escribiría una canción sobre ella y, bueno, espero que no sea demasiado tarde. Se titula «Audrey, Wait!»[2].

---

[1] Traducimos a continuación el título de la canción: «No te vayas». En adelante, se hará lo mismo con los títulos y las letras de canciones citadas en el texto.

[2] «¡Audrey, espera!».

¿Se os ha congelado el cerebro alguna vez? Pues eso es lo que le pasó al mío cuando oyó el título de la canción. Me acordé de cuando bajaba la escalera de casa de Evan, fingiendo que no le oía. Cometí un error garrafal. Entonces yo no le había escuchado, y se aseguraba de que lo hiciera en aquel momento.

(Vale, tengo que admitirlo, me quedé un poco decepcionada porque la canción no se titulaba «Audrey, la chica más bella que he visto nunca», ni «Audrey, en aquella fiesta, en el piso de arriba (fue increíble)», ni nada por el estilo).

Golpes fuertes en el bombo base, que sonaba igual que mi corazón, y entonces una leve melodía en la guitarra se fue infiltrando suavemente por la sala, antes de que se le sumara el grupo entero. Aquello no se parecía a nada que hubieran tocado nunca Los Benefactores. Evan pasaba de unos acordes a otros tan rápido que por un breve instante pensé: «¿Es así como me quería? ¿De verdad me quería así?». Empecé a imaginarme nuestra escena de reconciliación, besándonos y abrazándonos después del concierto y riéndome por lo estúpida que había sido al romper con él y...

Empezó a cantar:

¡Ya dijiste lo que tenías que decir, y ahora lo haré yo! ¡Yo te acepté y tú me tendiste en la cueeeeeeeeerda!

«¿Qué?».

¡Dijimos que nos queríamos, y era mentira! Te tocaba el pelo y te veía morir. Me rompiste el corazón, cogiste cada trozo, y lo pusiste a secaaaaaaaaar.

«¡Di-os-mí-o!».

¡No pasa nada!, es lo que dices siempre. Pero ¡déjalo para otro día! Porque ahora veo cómo te alejaaaaaaaas...!

Y aquí viene lo peor: la canción era muy buena. Claro, seguro que a estas alturas ya lo sabes, no te estoy contando

ningún secreto ni nada parecido. Pero en aquel momento, todo el público estaba como a punto de que le diera un ataque al corazón, de la energía con la que bailaban. Hasta los camareros, aquellos mezquinos camareros que tienen tal amargura con respecto a la vida, y le echan agua hasta a la Coca-Cola, habían dejado de servir y tamborileaban con los dedos en la barra. Hasta los chicos que no bailan, esos que se niegan a transmitir ninguna emoción de ningún tipo, pero aun así se dejan caer por la *Rocola* solo por hacer algo, movían la cabeza al compás, como si estuvieran en una pelea callejera. Podía ver al cazatalentos llevando el ritmo con el pie y mirando con avidez al escenario. A Steve se le salían los ojos de las órbitas y tenía la boca abierta: no tenía ni idea de que aquel grupo pudiera hacer una canción como aquella.

Y yo tampoco.

Y entonces comenzó el estribillo. Puedes cantarlo si quieres:

Audrey, wait! Audrey, wait! Saliste por la puerta, ¡y quiero que veas el portazo que doy! ¡Puedes decir lo que quieras, pero quiero que sepas que ha sido cruel!

Lo juro: aquella canción era tan adictiva que si no tratara de mí y yo no hubiera conocido a Evan, me habría subido al escenario a mover lo que mi mamá me dio. Y sin embargo estaba anclada al suelo, con la barbilla caída hasta las rodillas. Victoria estaba junto a mí, con los ojos como platos, y Jonah movía el esqueleto detrás de nosotras, sin comprender muy bien lo terrible de la situación. Porque el caso es que Evan estaba allí, en el escenario, ¡cantando sobre mí delante de todo el instituto! Si yo hubiera podido reaccionar, me habría subido al escenario y habría arrancado los cables de los amplificadores, al tiempo que lo derribaba al suelo, o contra la batería, o algo así.

Pero no me podía mover; no podía llorar, ni gritar, ni decir nada. Realmente, era como ser enterrada viva, como recibir sobre el pecho el peso del mundo entero. Y Evan era el enterrador.

Audrey, wait! Audrey, wait!

Detrás de nosotros, la gente cantaba, y Evan estaba totalmente entusiasmado, en conexión total con el público. Él a veces hablaba de aquel tipo de momentos, cuando estábamos en su cama, metidos entre aquellas sábanas estampadas con los *California Angels*, y el sol de la tarde atisbaba a través del estor. «Quiero tener al público comiendo de mi mano», susurraba, y yo me reía como una tonta y le decía: «Un día lo tendrás», pero lo que quería decir era: «¡Anda ya...!». Los Benefactores no habían escrito más que tres canciones. Evan no estaba colocado precisamente el primero de la cola para dios del rock.

Hasta entonces.

Al final volví la cabeza hacia Victoria, que a su vez no dejaba de pasar la mirada de Evan a mí. «Joder», decía su boca una y otra vez. Pero incluso su pie llevaba el ritmo. Entonces me vio que miraba, y lo dejó quieto. Yo estaba intentando enviarle mensajes oculares del tipo de: «Creo que estoy a punto de morirme y me gustaría que nos fuéramos ya, por favor», pero ella no los pillaba. El lugar estaba demasiado oscuro y demasiado ruidoso. Malditos altavoces. ¿Por qué no podíamos escuchar la música desde la parte de atrás? ¿Por qué no me habría esperado al día siguiente para cortar con Evan? ¿Por qué no podía dejarlo todo para el día siguiente, como hace siempre Victoria?

Apuesto a que lo del hilo dental también era mentira.

Audrey, wait! Audrey, wait! Audrey, wait! La música ya había parado, y ahora solo eran Evan y un montón de amigos suyos, que gritaban las palabras a pleno pulmón. El

resto del grupo observaba al público que se movía rítmicamente poniendo la misma cara que ponían los niños ante Jonah cuando cogió un curro a tiempo parcial como Papá Noel durante las últimas Navidades. «¿Eres real de verdad?», pensé. (Nota al margen: Jonah vestido de Papá Noel = Las mejores Navidades del mundo).

—¡Gracias, somos Los Benefactores! —gritó Evan, levantando el puño al quitarse la guitarra. El resto del grupo salió del escenario, pero Evan, lo juro por Dios, se estaba pavoneando. Igual que un gallito.

—¿De verdad está ocurriendo esto? —Le cogí la mano a Victoria y me la puse delante—. ¿Es un sueño? ¿Estoy soñando? ¿Estás a punto de convertirte en un Cadillac, o va a salir un unicornio corriendo por la sala?

—No: estás despierta.

Cerré los ojos y después los abrí completamente.

—¿No podías haberme dicho una mentira?

Sin apartar los ojos de mí, Victoria le tiró a Jonah de la manga.

—Eh, tal vez podrías empezar a abrirnos camino para salir de aquí, cielo.

—¿Está soñando Jonah? ¿No estaré yo en el sueño de Jonah?

Jonah le cogió la mano a Victoria, y Victoria me la cogió a mí, y de esta forma nos abrimos paso a través de la multitud.

—Estás teniendo un colapso. Te está ocurriendo un Chernóbil. Y haz el favor de poner cara normal: pareces un pez.

—¿Es malo no sentir los pies?

—Te estás poniendo un pelín dramática.

—Perdóname, pero ¿no ves lo que ha ocurrido?

—¡Sí, Audrey, ha sido una canción formidable!

Los chicos me hacían gestos como si la canción la hubiera escrito yo. ¡Como si yo pudiera escribirla!

—¡Qué bien que has roto con él!

Audrey, wait! Audrey, wait!

Lo oía a cada paso que daba. Todo el mundo estaba exaltado, como si acabaran de salir de un éxtasis religioso colectivo y su alma se hubiera salvado y tuvieran que ir a contarles cada uno a cinco amigos lo que habían presenciado.

—Voy a matarlos —le dije a Victoria.

—No, de eso nada. —Jonah tiró de ella hacia la izquierda y yo fui detrás de ellos zigzagueando.

—Tienes razón —concedí—. No voy a matarlos. Solo voy a matar a Evan.

—Muy buena idea para la redacción de Selectividad: «Yo maté a mi novio y aun así he conseguido un ocho con cuatro de nota media y me han dado uno de los papeles principales en el musical de fin de curso».

—Audrey, wait! Audrey, wait!

—¡Vete a la mierda, Pete, gilipollas!

—Tú nunca escribirías una canción sobre mí, ¿verdad, Victoria?

—Lo que es seguro es que nunca escribiría una canción como esa.

—¿El musical de fin de curso? —Volví a la realidad—. ¿Cuándo he actuado yo en el musical de fin de curso?

—Que me aspen si lo sé. ¿Tenemos siquiera un fin de curso?

—El abril pasado hicieron *Cats*.

Victoria se rio con la boca cerrada.

—No creo que tuviera que estar allí para saber cómo fue.

Cuando Jonah consiguió meternos otra vez en el coche, yo me había echado el pelo por delante de los hombros

para que colgara en dirección a mi estómago y me ocultara el rostro.

—Abróchate el cinturón, primo Eso —dijo Jonah mirando por el retrovisor.

—Creo que sería buen momento para volver a conectar esos controles de delicadeza, Jonah.

—Hecho.

Victoria se subió conmigo al asiento de atrás, y nos pusimos de lado, mirándonos una a la otra.

—¿Qué hago, me mato ahora, o espero a hacerlo delante de Evan para que se sienta realmente, realmente, realmente mal?

—No vas a matarte. ¿Recuerdas la clase de Salud, cuando explicaron lo de que tantos adolescentes beben para ocultar el dolor? Bueno, pues eso es lo que vas a hacer tú.

—¿Explicaron también cómo descuartizar novios?

—Creo que eso no toca hasta la clase de Anatomía del curso que viene.

Me reí, al tiempo que el coche se introducía en el tráfico con una sacudida. Todo el mundo miraba al interior de las ventanillas de nuestro coche, y después se volvían unos hacia otros, en el interior de los suyos. Casi podía oír lo que decían: «¡Ahí está la chica que cortó con Evan! ¡Ahí, esa es!».

—Mira —dijo Jonah desde el asiento de delante—. No te preocupes por esto, Audrey. No es más que una canción. Y todos estos se iban a enterar de todas maneras de que rompiste con él.

—Escúchalo —dijo Victoria—. Tiene razón en lo que dice.

—Desde luego —dijo Jonah—. Y Evan se va a colocar hasta tal punto, que seguramente no volverá a acordarse de la letra.

—Amén —dijo Victoria—. ¿Quieres ir al autoburguer?

Apoyé la cabeza en su hombro y asentí. Victoria me conoce tan bien que me da miedo.

—Sí, pero no tengo dinero.

—Yo tampoco. Jonah, ni Audrey ni yo tenemos dinero.

—¿Por qué será que no me sorprende? —refunfuñó al entrar en el cruce.

Mientras estábamos en la cola de coches, mientras Jonah gritaba nuestro pedido al diminuto altavoz, mientras me daban un batido de fresa en vez del de chocolate que yo había pedido, es probable que sepas lo que hacía Evan. Porque él lo ha contado en todas y cada una de las entrevistas que ha concedido. El cazatalentos salió a la zona de carga y descarga de la *Rocola,* les estrechó la mano a todos y dijo cosas como: «¡Lo que habéis hecho es auténtico rock!», y dejó caer algunos nombres de peces gordos de compañías de grabación y los invitó a que se presentaran en su despacho el lunes siguiente.

«Y preparaos —les dijo—, vuestra vida está a punto de cambiar».

Pero nadie me advirtió a mí de que mi vida estaba a punto de cambiar también. No me hablaron de los *paparazzi* ni de los redactores de revista, ni de los publicistas, ni del abogado que tuvieron que contratar mis padres. Desde luego, no me advirtieron de que a finales de año, todos conoceríais mi nombre.

Y eso es todo cuanto sabéis: mi nombre.

Pero eso va a cambiar, muchachos:

Aquí va mi parte de la historia.